mo no se han vuelto á escribir acaso en España, habrá que convenirse en que es grandioso, si se atiende á la época en que fué escrito y á las nieblas religiosas que envolvían la conciencia de Calderon, haciéndole ver al hombre como gusanillo de la tierra, incapaz de levantar la frente del polvo, ante la omnipresencia del tremendo Dios de Israél. El genio de Calderon desgarraba á su pesar la venda que le ocultaba la verdad, y se la hacía ver, esplendorosa y magnífica, en el fondo insondable del corazon humano.

Lejana semejanza pudiera hallarse entre *El alcalde de Zalamea* y *El mejor alcalde el Rey*, de Lope de Vega, lo que vendría á confirmar que Calderon fué perfeccionador por excelencia.

La obra de Lope es más espontánea: la de Calderon más reflexiva. El primero encontró inculto el terreno, y sembró la fecunda semilla: el segundo cosechó el fruto, y le regaló al linaje humano, en ánforas transparentes y divinas.

¡Loor eterno al primer poeta español!

***

Pocas novedades me restan por referir.

En el Principal se han representado *La nodriza*, de Enrique Gaspar; *El número 3*, de Miguel Echegaray, y *La rosa amarilla*, de Eusebio Blasco: en el Nacional, *El testamento de Acuña*, de Cecilio Vegramunte y *La rosa amarilla*.

Es *La nodriza* una comedia divertida y original, cuyos chistes picarescos, no lo son tanto que ofendan el pudor. Su versificacion es fluida, amena y graciosa.

El número 3, comedia que tiene calidades de fina, me parece, con todo, monótona y cansada. Sus versos adolecen de languidez y flojedad.

El testamento de Acuña, poco nuevo en su argumento, con

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

caractéres mal dibujados y trama pésimamente urdida, es muy del gusto del público, no obstante la facilidad con que ámbos protagonistas, amantes como era indispensable, regalan toda su cuantiosa fortuna para la fundacion de un hospital y se quedan en la miseria, á fin de sazonar la vida conyugal con pan y cebolla, y no tener remordimientos de haber comprado ni vendido con oro su mútuo amor.

La rosa amarilla, que desde luego trae á la memoria *Las flores vuelan* de Campoamor, es, sin embargo, una comedia de enredo, en que éste se manifiesta por tal arte y novedad urdido, desenlazándose con la misma verosimilitud que le condujo al grado de maraña, que divierte un momento y distrae al espíritu de las aflicciones cotidianas. La versificacion, como de Blasco, rebosa gracejo y donaire, soltura y espontaneidad.

Ayer en la tarde debe haberse representado en el Nacional, el drama romántico del Duque de Rivas, denominado *Don Álvaro ó la fuerza del sino*, que despues de muchos años de no ponerse en escena, ha vuelto á deleitar en estos últimos dias al matritense público.

Don Álvaro puede considerarse como el cimiento del romanticismo en España, llevado luego á la meta del arte escénico por Hartzenbusch y García Gutiérrez, al extremo de la inspiracion lírica por Zorrilla y Espronceda, y adulterado, finalmente, por extemporáneo, en las monstruosas y grandes creaciones de Echegaray, último campeon, segun los síntomas, de aquella errónea escuela, que enardeció tantas fantasías y crispó tantos nervios.

Viérnes 4 de Julio de 1879.

Los gérmenes del romanticismo se encuentran acaso en la literatura índica, hácia el siglo VIII ó el IX ántes de Cristo, épo-

ca en que se suponen escritos los grandiosos poemas el *Mahabaratha* y el *Ramayana*, atribuido el primero á Vyasa, y á Valmiki el segundo. En ellos se ve ya séres humanos, aunque influenciados por númenes celestes, de que por lo general son encarnaciones, constituyendo verdadera accion humana. Pero el nacimiento efectivo del arte romántico se verificó, puede decirse, en Galilea, merced á la sublime predicacion de Jesus de Nazareth. La apoteósis del romanticismo tuvo efecto en la cumbre del Monte Calvario.

En la literatura oriental, y en la índica particularmente, se ve al hombre en lucha con su conciencia, con el resto de sus semejantes y con la naturaleza. La pasion humana se desborda en personajes que tienen grandeza moral y que sienten algo más que los groseros instintos de la materia. Hay en esto evidente superioridad sobre la concepcion griega que convertía á los hombres, sin fuerzas para luchar con el destino, en autómatas sujetos al capricho de olímpicas deidades. Los griegos no comprendieron la pasion, y sus plásticas figuras humanas sólo sabían obedecer el mandato de adversos ó propicios dioses. En último resultado, la fábula poética se desarrollaba en el Olimpo, de cuyas discordias intestinas venían á ser víctimas los míseros mortales.

No así en las creaciones de la India, donde ya se halla el sentimiento del honor, la idea clara del espíritu, y la hidalguía y nobleza de los caballeros que tienen por divisa á su rey y á su dama. Probablemente la literatura caballeresca, romántica por excelencia, importada de Oriente por los cruzados, y robustecida al calor de la vigorosa civilizacion bizantina, tiene sus raices en la India.

La concepcion panteista, empero, ejercía decisivo influjo en que el hombre no fuese dibujado tal como es.

El cristianismo modificó por completo el concepto de la Di-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

vinidad y de sus relaciones con el hombre, levantando á éste á la categoría de sér dueño de su libre albedrío. De aquí el predominio del fondo sobre la forma, que caracteriza la literatura cristiana ó romántica, en inverso sentido de la clásica ó greco-latina, cuyo objeto primordial es la forma elegante y exquisita. Los griegos no vieron en el hombre más que la belleza corpórea, y produjeron un arte plástico, riquísimo en colores y líneas, pero sin alma, por expresarme así. Los romanos siguieron sus huellas. Acaso la sátira sea el único género de poesía inventado por los romanos, ó al cual, por lo ménos, sacaron á la claridad, de la penumbra en que ántes estaba: en todos los otros géneros, si bien con sentido más práctico y positivo, fueron menor imitadores de los griegos. Los cristianos despreciaron la cárcel material que retiene al espíritu en vaso de limo, y el arte á que dieron vida, desproporcionado en la forma, se distingue por la importancia concedida á la idea. En seguida, las condiciones de raza, de estado social, de situacion geográfica y de clima, influyeron en el principio cardinal del arte romántico, que se manifestó con matices distintivos en los diversos pueblos cristianos. Románticos son Dante Alighieri, Shakspeare, Calderon de la Barca, y sin embargo, es cada uno muy fiel intérprete y cantor de su patria.

No se perdió la tradicion helénica en esta revolucion filosófica y literaria, y bajo el reinado de Luis XIV, fuera de tiempo y de lugar, volvió á enseñorearse del arte, en cuanto lo permitía una cultura completamente otra de la griega; pero, por ilógico y anacrónico, el númen clásico de los Racine y los Corneille, sólo acertó á producir en lo tocante á la forma, exóticos reflejos del númen clásico de los Sófocles y los Eurípides. Molière, ménos artista que los trágicos compatriotas y contemporáneos suyos, pero más conocedor del corazon humano y de más penetrante espíritu de observacion, fué acaso el único

poeta frances que en el siglo del gran Luis, vislumbró el puro y genuino destello de la musa dramática. En España era otra cosa: allí estaba á la sazon el arte dramático en todo su apogeo, y Tirso, Lope, Alarcon y hasta Diamante y otros menores ingenios imponían la ley y servían de modelo á los poetas lutesianos, que á poco andar habían de convertirse á su vez en apóstoles y patriarcas. Llegó entónces á tal extremo la antipatía por el arte romántico, que Voltaire, á pesar de su clarísimo ingenio, negó ó tuvo en poco la grandeza dramática de Shakspeare, y D. Leandro Moratin, no obstante el innato orgullo español, sostuvo que Calderon había sido corruptor de la poesía escénica.

La reaccion no se hizo esperar. Klopstock, Wieland y Lessing levantaron en Alemania el desgarrado estandarte del romanticismo, el cual fué llevado á todo su auge por Goethe y Schiller, á quienes se adhirieron en Francia Chateaubriand y Madame Staël, cuyas huellas siguieron Lamartine, Delavigne, Dumas (padre) y Víctor Hugo. Los eruditísimos hermanos Schlegel, cuyos trabajos de crítica literaria son monumentales, dieron forma preceptiva á la reivindicada escuela poética. Puede considerarse, pues, el romanticismo moderno, como una fusion del espíritu cristiano con el espíritu germánico.

El romanticismo, como fruto de una religion que proclama la igualdad entre los hombres, florece ó adquiere vigor y lozanía, siempre que el instinto de la libertad se agita y arde en el espíritu popular. España es la nacion donde se ve más palmaria esta verdad. D. Manuel José Quintana, cantando con estro vigoroso y manífico, las excelencias de la libertad y de la patria, abre de hecho el moderno período romántico español, al cual vino á robustecer el heróico levantamiento de toda la península contra las huestes napoleónicas.

Vamos á ver ahora los primeros frutos que dió la fecunda

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

semilla plantada por el épico cantor del Combate de Trafalgar y la Invencion de la Imprenta.

***

D. Ángel Pérez de Saavedra, Duque de Rivas, clásico por educacion y aristocracia de familia, produjo en su juventud composiciones poéticas de mérito muy relativo, por haberse ceñido en ellas al duro cartabon horaciano. Así lo reconoce y confiesa su amigo y panegirista D. Manuel Cañete. Hablando este insigne crítico de los *dos hombres* que, como en Góngora, aunque por diverso estilo, se dan en el autor de *El desengaño en un sueño*, se expresa como sigue:

"No parece sino que D. Ángel Pérez de Saavedra, hijo segundo de los ilustres Duques de Rivas, y de un mérito en realidad secundario (con relacion á Quintana y á Gallego) en la esfera de la poesía clásica, ó, lo que es lo mismo, en sus primeros albores, debía ascender, al heredar el título de sus padres y colocarse en primera línea en la más alta condicion gerárquica del país, á rango más elevado en la gerarquía de la inspiracion y del talento."

Merced á sus viajes y al estudio de los autores en boga á la sazon, convirtióse el Duque de Rivas en romántico fervoroso y egregio, para lo cual eran poderoso estímulo su fecunda y brillante fantasía y su inquebrantable firmeza en los principios cristianos. Dió á luz entónces la espléndida leyenda épica *El moro expósito*, y de casi mediano poeta que era, se levantó á lugar prominente del Parnaso español. Había nacido con fuerzas para fundar escuela, y muy pronto se asfixió en el enrarecido ambiente de la imitacion clásica. Fundó, con efecto, escuela; pues su romanticismo, por excelencia español, difiere sustancialmente del francés, del aleman, del italiano y del inglés. En

su drama *Don Álvaro ó la fuerza del sino,* coronado la noche de su estreno en Madrid por el éxito más ruidoso y lisonjero, y representado en el Nacional el 24 del mes último, abrió decidida y formal campaña á las tradiciones literarias que se miraban como sagradas y venerandas. Cierto es que en la empresa le antecedieron D. Mariano José de Larra con *Macías* y D. Francisco Martínez de la Rosa, con *La conjuracion de Venecia;* pero no lo es ménos que en estas obras, por no chocar abiertamente con las opiniones imperantes, se manifestaron sus insignes autores, tímidos por extremo y recelosos de no salir triunfantes en la demanda. Por tal razon, es *Don Álvaro* el cimiento ó la piedra angular del moderno romanticismo español. Muy en breve siguieron García Gutiérrez, Hartzenbusch, Gil de Zárate y otros, al Duque de Rivas, con lo que el romanticismo quedó casi dueño absoluto del teatro. Breton mismo cuando escribía dramas era romántico: en las comedias no podía serlo, porque los géneros jocosos ó satíricos no caben en el romanticismo. Imperaba éste á tal punto, que se hizo de moda hasta en las costumbres sociales, por lo que acudió nuestro ilustre Gorostiza, con su célebre comedia *Contigo pan y cebolla,* á corregir el mal por medio de la burla.

Las exageraciones, empero, el recargo de inadecuado lirismo, el elemento providencial flotando siempre sobre la colision de afectos humanos y decidiendo el conflicto dramático, y las formas literarias desbarajustadas y faltas de enlace y cohesion, hicieron venir el romanticismo de más en ménos, hasta la fecha actual, en que apénas conserva un resto de vigor para modular quejidos de agonía en la lira egregia de Echegaray. Época de reflexion es esta en que vivimos, muy poco á propósito para dar libre vuelo á la fantasía desmelenada y calenturienta de la musa romántica. La más ámplia libertad de conciencia, por otra parte, y el más profundo estudio de la belleza, han

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

modificado la idea religiosa y la forma literaria, cuya mezcla y amalgama constituían el romanticismo.

Esto no obstante, *Don Álvaro,* escrito el año de 1831, época del mayor recrudecimiento romántico, es acaso, como afirma D. Manuel Cañete, la obra más notable por su nacionalidad de todo el teatro español. Casi del mismo modo pensaba D. Nicomédes Pastor Díaz, al decir que *Don Álvaro* era *único* drama romántico del moderno teatro de España, con lo cual no estoy del todo conforme, supuesto que *El Trovador* es obra tan notable, romántica y española como *Don Álvaro.*

Opina D. Juan Valera, uno de los más ilustres escritores del siglo, por que la concepcion del gran drama de D. Ángel Saavedra es superior á su realizacion artística: juicio muy exacto y atinado, como de tan docto y perspícuo crítico, y que es aplicable tambien en un todo á la imperecedera creacion de García Gutiérrez ántes citada; la cual no puede negar su afinidad y parentesco con la del Duque de Rivas.

*
* *

El jóven indiano D. Álvaro, dotado por la naturaleza de gallardas prendas y por la fortuna de cuantiosos bienes, aunque de asaz oscuro y misterioso linaje, se enamora en Sevilla de la bella Leonor, hija del Marques de Calatrava, y es correspondido por ella con un amor tan ardiente y firme como el suyo. El Marques, de ilustre estirpe, como lo indican su título y apellido, se opone enérgicamente al enlace de su hija con un advenedizo; por lo que Don Álvaro pretende robársela de una hacienda, donde el Marques la tenía oculta. Vencidos los escrúpulos filiales de la enamorada doncella, van á huir, con el intento de casarse en el pueblo inmediato, cuando son sorprendidos por el Marques: insiste Don Álvaro en su determinacion, pero reco-

nociendo los derechos paternales del Marques, deja caer una pistola con que amenazaba á los criados de éste, y disparándose el arma, mata al padre ofendido.

La sima que se abre entre D. Álvaro y su amada es profunda. Leonor, maldecida por su padre al morir, ocúlta su existencia en una ermita, próxima al convento de los Ángeles, situado á media legua de Hornachuelos; y Don Álvaro, restablecido de las heridas que recibió luchando con los criados del Marques, luego de sucumbir éste, y creyendo muerta á Leonor, sigue las huestes españolas á Italia, donde con nombre fingido, lleva á heróico término las más temerarias proezas; se hace amigo del hijo mayor del Marques, que había ido en su busca, tambien con nombre supuesto; le salva en una peligrosa ocasion, y finalmente, le mata en buena lid, una vez reconocidos ámbos.

Hácese entónces religioso, para expiar sus crímenes, cometidos más que por él, por la fuerza de su síno; y una noche tempestuosa se le presenta en su celda del convento de los Ángeles, un caballero embozado, que no es otro que el hijo segundo del Marques: rétale, y resiste D. Álvaro; pero escarnecido, empuña el acero, y salen ámbos á buscar sitio fuera del sagrado asilo. Luchan á la cárdena luz de los relámpagos, y cae mortalmente herido el hijo segundo del Marques. Pide á gritos auxilio D. Álvaro para el moribundo, y Leonor, descendiendo de su riscoso retiro, al oir la voz de D. Álvaro, viene á presenciar la escena más dolorosa. La reconocen ámbos, y su infeliz hermano, á quien ella vuela á socorrer, creyendo que hipócritamente vive con D. Álvaro, hace el postrer esfuerzo y le atraviesa el corazon con su puñal. La comunidad de frailes llega en este momento cantando el miserere; y cuando D. Álvaro, presa de la angustia y la desesperacion, se precipita de una roca, dicen los religiosos: *¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tal es el interesante y novelesco argumento del terrible drama.

La fatalidad preside todas las acciones del protagonista, que no puede resistir á su empuje poderoso.

Oigámos lo que dice Pastor Díaz sobre este particular:

"El objeto del drama del Duque de Rivas, es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *D. Álvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religion salva á D. Álvaro de su mision sangrienta, de su destino de crímen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intencion más acomodada á las costumbres, á los caractéres de nuestro siglo y de nuestra religion, una tendencia más moral y más cristiana. D. Ángel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto, como los héroes de Shakspeare."

D. Manuel Cañete, que no encuentra al drama otro alguno superior en el teatro español y le considera á la altura de las más notables creaciones extrañas de todos los tiempos, le mira y le aprecia como un símbolo cristiano, como una demostracion viva del fin que tienen los errores de la humanidad y de las angustias á que nuestras faltas nos condenan.

En la fusion de estas dos opiniones creo que está el verdadero juicio que debe formarse sobre la fábula admirable del prócer castellano. Yo veo en ella la fatalidad como resorte y motor de toda la máquina, pero no la fatalidad griega que veía D. Nicomédes Pastor Díaz, sino la fatalidad cristiana ó providencial, que castiga sin conmisceracion, con el dolor del remordimiento y con la perpetracion de nuevos delitos, al que una vez se desvió del camino de la moral. En este sentido no quiere D. Manuel Cañete que haya fatalidad, sino mal uso que hacen los personajes de sus pasiones, en el ejercicio de sus facultades

morales; pero me parece que todo poder sobrenatural, toda fuerza superior á la voluntad humana, es y debe considerarse en el teatro como una verdadera fatalidad. La creencia en el destino preestabilito es una supersticion, y como tal, aunque no tenga realidad efectiva, es un poder fatal, supuesto que quien la abriga, como D. Álvaro, óbra en todo sin libre albedrío y seguro de que sus acciones, buenas ó malas, le están marcadas de antemano. No es dable negar que la fatalidad en este sentido es el alma, por decirlo así, de la obra; en lo cual estriba precisamente el sello profundamente romántico impreso á toda ella por el genio de su autor, que, comprendiéndolo, le puso el segundo título de *la fuerza del sino.*

Feliz y dichosísimo el hombre, por otra parte, á quien decía el egregio D. Juan Nicasio Gallego, en 1819, desde la Cartuja de Jerez, donde estaba confinado, lo que sigue:

Tú á quien afable concedió el destino,
digna ofrenda á tu ingenio soberano,
manejar del Aminta castellano
la dulce lira y el pincel divino,
vibrando el plectro, y animando el lino,
logras, Saavedra, con dichosa mano,
vencer las glorias del cantor troyano,
robar las gracias del pintor de Urbino.
Lógralo, y logre yo, si más clemente
se muestra acaso la áspera fortuna
que hoy no me deja en blando són loarte,
tejer nuevas coronas á tu frente,
ya esclarecida por tu ilustre cuna,
ya decorada del laurel de Marte.

Nuevas coronas, en efecto, alcanzó despues, en el teatro, en la poesía épica, en la tribuna, en la historia y en la diplomacia.

Asombra de véras la universalidad del ingenio de D. Ángel Pérez de Saavedra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

*
* *

Á pesar de los pomposos anuncios de obras nuevas que en el Principal y el Nacional ofrecieron poner en escena los empresarios de ámbos teatros, al dar comienzo á sus respectivos trabajos, van siendo muy de cuando en cuando los estrenos, sin duda por los fracasos de algunos de los hasta ahora verificados. Sobre *El yerno del Sr. Manzano,* única obra estrenada la última semana, se dijo en una gacetilla de este periódico cuanto pudiera decirse, visto su escaso mérito. Piezas notables, ya conocidas del público, se han representado: en el Nacional, *La levita,* de Gaspar, y *Don Francisco de Quevedo,* de Sanz; y en el Principal, *La esposa del vengador,* de Echegaray, y *L'Hereu,* de los Sres. Retes y Echeverría.

La levita es para mí la mejor obra de Gaspar, sin que esto suponga que la creo perfecta. Defecto capitalísimo de Gaspar, es el abuso de la casualidad, y quizás en ninguna de sus obras le ha llevado al extremo que en *La levita,* cuya accion está constituida por una série de casualidades, si verosímiles aisladamente, destituidas de toda verosimilitud en su artificioso enlace. No son, con todo, de las inverosimilitudes que no se aceptan en el teatro; y á pesar de todas ellas, es muy bello y conmovedor el drama.

El príncipe de la sátira española, D. Francisco de Quevedo y Villegas, ha sido objeto de varias obras dramáticas, notables algunas de ellas. Eguílaz le hizo protagonista de una bonita comedia de enredo, intitulada *Una broma de Quevedo:* Breton de los Herreros le sacó tambien á las tablas en *¿Quién es ella?* que pasa por la mejor de sus numerosas producciones: D. Eulogio Florentino Sanz, en la obra representada en el Nacional la noche del domingo, explotó de igual modo la inmortal figura del autor del *Gran tacaño.* En las tres comedias está bien di-

bujado el insigne satírico, señalándose muy particularmente la de Sanz, por haberle pintado en lucha con su enemigo mortal el Conde-Duque de Olivares, circunstancia importantísima para poner de relieve el singular carácter del gran poeta, pues no se concibe á Quevedo en su centro sino zahiriendo al favorito de Felipe IV. La comedia de Sanz es un poco lánguida en su accion, si bien admirablemente versificada.

La esposa del vengador, uno de los primeros dramas que dió Echegaray al teatro, es sin duda de lo más notable que de su pluma ha salido. Baste decir que D. Manuel de la Revilla, severo como pocos con Echegaray, aunque benigno con otros, afirma que pertenece á los buenos tiempos de este autor, tan fuera de camino en sus últimas producciones teatrales.

L'Hereu, drama en que se explota una costumbre particular de Cataluña, por lo que su trascendencia es muy limitada, está lleno de golpes escénicos, un tanto rebuscados y melodramáticos, y bastante bien versificado. Propiamente hablando, es un arco-íris dibujado por mágica luz, en la finísima pared de una burbuja de jabon.

Juéves 10 de Julio de 1879.

Es la poesía dramática manantial fecundísimo en provechosas enseñanzas para la sociedad.

Los problemas sociales ó psicológicos que en el poema dramático se depuran y aquilatan; el vivo y palpitante reflejo de la vida humana que á la escena se trasplanta, engarzado en marco de oro; los callados combates que en los oscuros senos de la conciencia se efectúan, viviendo vida artística en público palenque, al misterioso conjuro del poeta; los delirios, infortunios, aspiraciones y embelesamientos del humano linaje, prestando sávia á las creaciones de la fantasía; el hombre, con sus aciertos y extravíos, con sus debilidades y grandezas, fiel y hermosamente retratado en poético simulacro de su sér; todo, en suma, lo que es alimento y estímulo del arte dramático, produce en el espectador la delicia de la emocion estética, haciéndole experimentar un interno y nobilísimo orgullo, fortalecedor y viril, que le infunde aliento y brío para soportar las mezquindades de la existencia vulgar.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

La eterna batalla del hombre con el hombre—por Hobbes malignamente interpretada,—que forja en el incansable yunque social las situaciones y caractéres más variados, pintorescos y distintos, es el sacro y perenne manantial de inspiracion para el estro dramático. Éste dibuja, anima y cincela, en armónico y afiligranado enlace, todo el vasto y sorprendente mecanismo de la vida humana; inspirándose tanto en la historia como en la filosofía, en lo objetivo como en lo sujetivo, en lo eterno como en lo temporal; ora desencadenando en hórrida conflagracion, exacerbadas pasiones, que perturban hondamente el órden moral y social, ora removiendo con augusta parsimonia el haz tranquilo de vulgares afectos y costumbres.

La poesía dramática es una verdadera trinidad artística: divídese en tres géneros primordiales. Cada uno de estos se subdivide en multitud de especies, íntimamente enlazadas, que se distinguen entre sí, por una sucesion de casi inapreciables diferencias.

Profundamente conmovedora y llena de vigor por caractéres arrancados á la humanidad misma, pero siempre sobresalientes y distintos del resto de los hombres en el mal ó en el bien, refleja la tragedia lo más sublime, aterrador y grandioso de la belleza humana. Á la vida privada, á las costumbres é individualidades que vegetan en el seno de la sociedad, arrebata sus secretos la comedia, y embelleciéndolos con el fuego purificador